

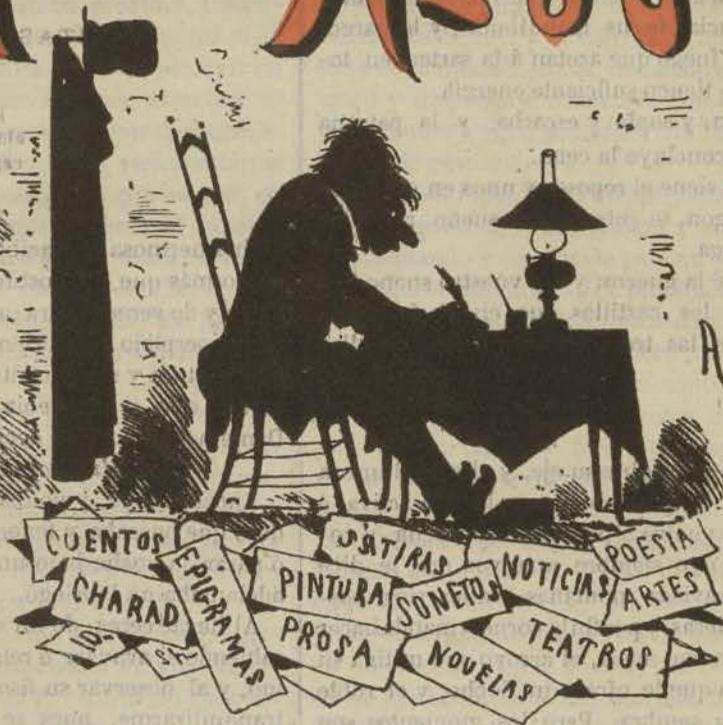
LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 7.
Madrid 22 de Mayo de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION
En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

III.

LA VIDA DE CAMPAÑA.

Ros con funda, capote azulado, morral á la espalda, bolsa de municiones; pantalon grana, bota á la cadera; polaina de cuero ó paño, manta cruzada, y alpargata de cintas. Hé aquí el vestido del soldado en operaciones. Unid á este conjunto de prendas una fisonomía franca y espresiva un rostro atezado, y una estatura igual ó menor que su carabina, y tendreis el verdadero retrato del soldado español.

Con inmenso pesar se aleja del pueblo que le vió nacer, y despues de un tiempo más ó menos largo, acaba por acostumbrarse á la vida nómada y errante de la milicia. Suele haber algunas escepciones en esta costumbre, sobre todo en los hijos de Galicia, que es tal el amor que profesan á su país, que llega á producirles la muerte en algunas ocasiones. En campaña es cuando el soldado necesita de más energia, de más valor para olvidar los goces del hogar que ha perdido. Y lo consigue al cabo. Vedle sino en las marchas alegre y decidido; escuchad sus canciones al son de la guitarra; mi-

radle requebrar á las patrnas ó dormir tranquilamente sobre el suelo, como en una cama de siete colchones.

Ni teme al enemigo, ni de él se acuerda; solo uno le preocupa hasta en sueños; enemigo mortal al que tiene declarada guerra sin cuartel; este enemigo es... ¡la gallina! Cuando una columna sale de un pueblo, se verifica un *fenómeno zoológico* de la mayor importancia. La familia de las *gallináceas* desaparece por completo de aquella localidad, pasando á ocupar las carabinas de los soldados y hasta entrando en accion algunas veces. ¡Cuántos han muerto antes que la gallina que pensaban matar!

El soldado español hace las jornadas á paso ligero; sus pies encallecidos, resisten marchas de doce y catorce horas, sin que sus lábios pronuncien una frase de disgusto ó enojo. Sus desahogos consisten en preguntar á los que por el camino se encuentran:

—¿Patron, cuánto falta para el pueblo?

—Cuatro léguas *estrechitas*, suele contestar el interpelado á quien ya ha hecho la misma pregunta toda la division. Y el soldado sigue su camino, y canta, y rie, y por fin llega á su alojamiento.

En torno al hogar chispeante, formando apinado corro y coutemplando la enorme sarten que contiene

las sabrosas migas, ó las succulentas patatas, descansa el soldado de la marcha penosa. Ni los requiebros á la *patrona*, ni los alegres cuentos que recita, bastan á calmar la impaciencia de sus mandíbulas; y le parece que las lenguas de fuego que azotan á la sartén en todas direcciones, no tienen suficiente energía.

Y carga más leña, y sopla y escarba; y la *patrona gruñe* y por fin se concluye la cena.

Tras el alimento viene el reposo; y unos en el *pajar* y otros junto al fogón, se entregan al sueño rendidos de cansancio y fatiga.

¡Dormid, hijos de la guerra; y sea vuestro sueño halagador! ¡Mañana los castillos que en él forjasteis caerán al sonido de las trompetas como las murallas de Jericó!

¡Dormid y soñad!

Ya la tierra ha girado sobre su eje, y el sol alumbra nuestro hemisferio. Empieza de nuevo la vida activa ó vertical. El soldado vuelve á ponerse en marcha, y como el judío errante oye siempre una voz que le dice «*anda, anda.*» Y atraviesa montañas, valles, ríos, bosques, colinas y praderas, y por fin la corneta manda hacer alto. Entonces busca con ánsia, el arroyo que mitiga su sed; la fresca yerba que le ofrece un lecho, y el roble espeso que le dá su sombra. Pero los momentos son brevísimos; ya se escucha el toque de *atencion*, seguido del de *marcha de frente*, y de nuevo se pone en movimiento, y vuelve á oír aquella voz que le repite siempre «*anda, anda.*»

Cuando llega á una poblacion de importancia, su alegría no tiene límites. Aquel día compra mil bagatelas; come en algun café, y hasta se permite asistir al teatro. Aquella noche duerme en buena cama, y le parece que ha de ser interminable su bienestar. Pero al día siguiente se repite la escena conocida, y la marcha se emprende de nuevo.

Sucede muchas veces que los soldados pasan por el pueblo de su nacimiento, y hasta son alojados en el mismo. ¡Qué emociones experimenta entonces! Cuando la torre de la iglesia se empieza á dibujar en el horizonte, y crece, y toma forma, y acaba por divisarse por completo. Cuando ya se ven las casas de la aldea, y se llega á ella, y se encuentra la choza que le dió asilo, y unos brazos que se enlazan á su cuello, y unos ojos que lloran, y una mano que estrecha la suya; ¡oh, Dios mío; que feliz debe ser el soldado en estos momentos! Pero como la felicidad es tan poco duradera, el nuevo sol le arranca de los brazos de su familia; y esta le sigue y le acompaña algunas leguas; y hasta las mujeres jadeantes y rendidas, siguen con su menudo paso el veloz de la columna, y por último, todos tienen que separarse, y el soldado vuelve á oír de nuevo aquella voz que le repite, «*anda, anda.*» ¡Anda, sí, pobre soldado! y el cielo se compadezca de tí, haciendo que termines tu vida de campaña, sin que el plomo enemigo prive á la patria de tus brazos!

MANUEL MELENDEZ.

LA ILIADA.

(FANTASÍA RÚSTICA.)

¡Ah! ¡Sin duda fuera bien dura el alma de aquel á quien regocijara tal espectáculo!

(HOMERO, *Iliada*. Canto XIII.)

Una hermosa y apacible tarde de Mayo prolongué mi paseo más que de costumbre, alejándome tanto de la aldea y de veredas para mí conocidas, que hube de pararme perplejo y desorientado. Anduve un buen trecho á la ventura y sin encontrar á nadie que pudiera indicarme que senda debia emprender, ya que como el Dante podia tambien decir de mi camino:

«*Che la diritta via era smarrita.*»

Anochecía ya, y yo iba temiendo no dar con el sendero que buscaba y tener que acogerme á alguna choza ó pasar la noche bajo un árbol, cuando observé que adelantaba un labriego.

Al llegar cerca de mí se detuvo receloso, y como no sabiendo si avanzar ó retroceder; me detuve yo asimismo, y al observar su fisonomía comprendí que debia tranquilizarme, pues se reflejaba en ella la bondad del aldeano.

—¡Eh, amigo! grité, ¿podria hacerme usted el favor de indicarme por donde iré más pronto al pueblo de Lerolia?

Mi pregunta pareció destruir un tanto los temores de aquel á quien la dirigia; pero sin mostrarse, no obstante, del todo satisfecho, repuso con voz un tanto insegura y manteniéndose siempre á cierta distancia:

—Se lo diré á usted, se lo diré; pero ¿es usted *blanco* ó *verde*?

—¡Qué! exclamé yo estupefacto, ¿qué dice usted buen hombre?

Sin duda comprendió éste bien mi extrañeza, porque se apresuró á contestarme turbado:

—Perdone usted, perdone usted... usted no sabe... es natural... es decir... ¡yo le explicaré á usted!...

—*Blanco* ó *verde*, interrumpí yo, sin acabar de digerir tan singular expresion; ¿qué diablos quieren decir estos colores?

—Se lo explicaré á usted de muy buena gana, repitió mi interlocutor, ó mejor se lo explicará á usted mi hermano el señor cura; véngase usted conmigo; es ya muy tarde y no podria usted llegar hasta muy entrada la noche á Lerolia, ni yo me atrevería á acompañar á usted por no encontrarme con algun *blanco*.

—¡Vuelta con los *blancos*! Ya estoy impaciente porque el señor cura me dé una lección de colorido, y eché á andar acompañado de mi interlocutor, que más que de responder á mis preguntas se cuidaba de mirar lleno de zozobra á uno y otro lado, y de quien no pude sacar en limpio más que los *blancos* eran enemigos de los *verdes*, que él pertenecía á este último brillante matiz y que tambien como yo habia prolongado harto sobrado tarde su excursion, por lo que se apresuraba,

cuando di con él, á regresar á poblado, no sin que le aguijoneara el temor de un mal encuentro.

El pueblecillo, por fortuna, estaba próximo, traspu- simos un cerro que le había ocultado antes á mi vista y nos encontramos en él á poco espacio. Al penetrar en sus calles me llamó en primer lugar la atención lo nuevo aunque rústico de sus casas, especie de armatos- tes de madera y ladrillo, más ligeros y rudimentarios aun, que las construcciones semejantes que se ven en Francia y en el norte de la Península, pero de reciente construcción al parecer. Por otra parte, todas aquellas jaulas, que algo de ello tenían, estaban aspilleradas, y cerradas las entradas de la aldehuela, que me pareció muy chica, con unos conatos de baluartes y unos pu- jos de barricadas.

Un ciudadano, sobrado obeso y pacífico, á juzgar por su aspecto, para el servicio guerrero que desempe- ñaba, nos detuvo, queriendo parecerse á un centinela, al ir á penetrar en el pueblo echando mano para ello, no sin trabajo, á una especie de alabarda que juraría había ostentado en las suyas más de una vez algun *sayon* en las procesiones de Viernes Santo.

Cada vez más atónito y más confundido por tan ex- traños espectáculos, anduve siguiendo á mi guía la ca- lle, que con otra, constituía toda la roturación de la al- dea, hasta llegar á su extremo y penetrar en una casa ó tinglado, al parecer, más cuidadosamente edificado que los otros.

La puerta como las de todos los restantes albergues, estaba cerrada; llamó mi acompañante; respondió; «abre, soy yo» á una voz cascada que antes de abrir preguntó quien llamaba; giraron sobre sus goznes las maderas y penetramos en la casa iluminados por el candil de una viejecilla.

Mientras aquel conjunto de arrugas, cabellos grises y oscuras sayas, me miraba con cierta extrañeza no exen- ta de inquietud, el hermano del cura había adelantado hácia una puerta que sin duda daba á otro aposento y, abriéndola gritaba:

—¡José! ¡José! aquí hay un caballero que desea ha- blarte, y á quien habremos de hospedar por esta noche.

A las voces del labriego asomó un individuo de as- pecto tan sencillo y bondadoso, que denotaba al primer golpe de vista un alma de niño en el cuerpo de un hombre de cincuenta años. Era el tal de corta estatura, bastante grueso, con la robustez propia de los caracté- res todo mansedumbre: llevaba chaqueta larga y pan- talon negros, y lo urbano del traje, así como la hebilla de sus zapatos de paño y el gorro de terciopelo, también negro, que cubría su cabeza, denotaba que no era seglar el dueño de aquella modesta casa.

—Sea usted muy bien venido, pronunció con voz afable; entre usted y descanse. Agustina, dijo á la vie- ja, cuenta con el señor para la cena y que no se haga tardar mucho; tú, Cosme—añadió dirigiéndose á su hermano, que, aunque tal, le trataba con cierto aire de inferioridad ocasionado sin duda por la diferencia de estado social—toma la llave de la cueva y no olvides una botella de lo añejo.

—¡Cuánta molestia! exclamé cautivado por tan bon- dadosa acogida.

—No señor, replicó el cura, me sirve de satisfacción el servirle á usted y el conversar un rato con una per- sona de la ciudad. ¡Nada, nada! sin cumplidos, siéntese usted y dispóngase á cenar lo que haya, que bueno ó malo, pobre ó rico, se le dará con la mayor voluntad y el mayor gusto.

Comprendí que como mejor podía agradecer aque- llos obsequios con tanta llaneza y sinceridad ofrecidos, era aceptando y lo hice de palabra y de hechos.

El cuarto del cura estaba sencillamente enjalbegado; su mobiliario consistía en un sofá y algunas sillas de Vitoria, un viejo sillón de cuero con clavos que fueron dorados, una gran mesa con un tintero de vidrio, al- gunos breviarios y libros devotos muy usados, un ca- joncillo con tabaco y otro con cigarrillos y papel, al- gunas entregas de una edicion económica de la Biblia con láminas y otros objetos. De los muros pendian va- rios grabados de santos, iluminados sacrílegamente, algunas estampitas de igual género clavadas con ta- chuecillas, cuatro ó cinco jaulas vacías ó llenas de pá- jaros; una caña de pescar con un baston y un paraguas en un rincón, y en la alcoba, mal oculta por una corti- na de percal un tanto descolorida, una modesta cama de madera, un arcon grande y otros trebejos. Un gato de piel rayada y color de ocre, y al parecer, en buena armonía con un perro, en quien la vejez debía haber extinguido el odio á la raza felina, completaban el me- naje de muebles y semovientes de mi huesped.

A poco de comenzada nuestra plática, no pude reprimír por más tiempo la curiosidad que me inspirára la distincion de colores que había hecho Cosme y el as- pecto de parodia guerrera que ofrecía el pueblecillo. El buen cura se mostró muy dispuesto á satisfacerla, aplazando un momento su relato para dar lugar á que cu- brieran de un blanco aunque tosco mantel la mesa y empezasen á servir una cena campesina, pero bien sa- zonada, que compartimos con su hermano, quien no osaba hablar apenas, mientras usaba de la palabra el padre José. Hé aquí ahora en sustancia lo que me refirió y en los mismos términos, y sencillo y pintoresco lenguaje, poco más ó menos, de que usó en su nar- ración.

—«Cerca de diez años hace que existe una enemistad y una lucha constantes, empezó el buen sacerdote, en- tre el pueblo de Troja y este, mejor dicho, otro no muy lejano de aquí que se llama Greja y al cual pertenecian todos los vecinos de esta aldea, porque ha de sa- ber usted, que esta aldea está fundada de poco tiempo acá, y no tiene más objeto que albergar á los que ha- bían venido á acampar por aquí para atacar y pelear contra los de Troja. Unos y otros están dados á Barra- bás, y aunque trato, como es mi deber, un día y otro, de apaciguarlos y traerlos al redil, nada; son cabras mon- taraces y tiran al monte. Donde se encuentran un blan- co y un verde no hay remedio, llueven palos y... per- done usted, dijo al observar en mí un movimiento de impaciencia cuando escuché una vez más aquella nue- va división de castas ó mejor dicho de colores; le expli-

caré porque se llaman así y al mismo tiempo de donde viene esta enemiga y este maldito ódio, aunque ha de saber usted que en el día la mayor parte lo ignoran, por más que se rompen la cabeza y se descalabran casi todos los días creyendo que lo hacen con justo motivo. Decía, pues, que hace unos diez años, una muchacha, muy bonita por más señas, (yo la recuerdo bien porque hace más de veinte que estoy entre estos condenados), una muchacha muy bonita, Elenica, tenía por cortejo un guapo mozo de Troja, los chicos se querían y aun él me dijo algunas veces:

—«Padre José, ¡cuándo será el día que nos leerá usted aquel libro y nos pondrá la tohalla!»

Pero hizo el demonio, que todo lo engresca y descompone, que á los padres de la moza se les metiera entre ceja y ceja casarla con un hacendado del pueblo, el tío Esparto, y no hubo más remedio que unirlos en matrimonio; el antiguo novio, que se llamaba Alejandro Blanco, porque es de la familia de los Blancos de Troja, no estaba dispuesto á que otro segase la mies que él había cultivado; y ya que no pudo cortar la boda el mismo día, ó mejor dicho, la misma noche, convenido con la chiquilla, (que son las hembras, amigo mio, capaces de desbaratar la paz y concordia del mismo cielo) se la llevó, y tan pronto y bien lo hizo, que cuando el pobre Esparto quiso acudir al remedio, ya estaba Elena en Troja con su robador. Acudió al siguiente día una comisión de nuestro pueblo al del Blanco, para que devolviera la doncella, pero como los Blancos son allí ricos y casi todo el pueblo es suyo, todos les apoyaron, y los embajadores volvieron como si dijéramos, con el rabo entre piernas, mohinos y desairados. Cuentan que al decir uno de ellos á un chicuelo de Troja: «Es preciso que le devolvais la mujer al tío Esparto;» contestó: «¡Quiá, están verdes.» Corrió la palabrilla, y á los cinco ó seis días todos llamaban á los de Greja, los *Verdes*, y á los de Troja, los *Blancos*, por la razón que he manifestado á usted.

Sigo mi historia; el tío Esparto se puso furioso, y también el ayuntamiento, del que era concejal, y determinó recobrar á su mujer de grado ó por fuerza; se armaron con las armas que pudieron casi todos los mozos del lugar, y marcharon contra los de Troja; pero estos, ya apercebidos, les aguardaban, y se empezó así la guerra que no ha cesado desde entonces.

Empeñados á toda costa mis feligreses en castigar á los otros para entrar en Troja, y no dejar uno vivo (¡qué horror! ¡así lo dicen, amigo mio, y se llaman cristianos!) se vinieron desde Greja aquí, que están á la vista de los enemigos, y primero en una especie de campamento y después en estas casucas que usted vé, se acomodaron para estar continuamente perjudicando á los *Blancos* y para buscar una ocasión ó coyuntura de entrar por asalto en su pueblo. Lo mejor del caso es, que como han pasado tantos años, ya casi nadie se acuerda del robo de la Elena ni de la cólera de Esparto y se creen que las elecciones, los partidos y todos los enredos y cuestiones políticas, son la causa de la guerra, y así de buena fé lo dicen; pero por más que hablen de diferencias de opiniones, de luchas de ideas y otras

simplezas, la verdad es, señor mio, que hace diez años que dos pueblos se están arruinando y quedando en camisa y obrando peor que herejes, porque el chico del Blanco le robó al tío Esparto su mujer Elena.

Yo he querido muchas veces apaciguarlos y me he metido entre ellos con este fin; pero una vez una bala me atravesó el único manteo que tenía, y otra una pedrada me partió una oreja, y aunque ellos juran y perjuran que lo hicieron sin querer, yo no vuelvo á predicarles en medio de la contienda. Lo que hago, pues, es cuidar los niños, las mujeres y los viejos, socorrer á los heridos y aliviar por fin, en lo posible, las desdichas de esos bribones que bien merecidas las tienen, al destrozarse con tanta furia por una mozuela de poco seso.»

Aquí terminó el buen cura su relación, yo le agradecí mucho su amabilidad, conversamos aun algun rato haciendo comentarios sobre aquellos sucesos y á ruegos del padre José me retiré á descansar á una limpia cama con que me brindó para aquella noche.

A la mañana siguiente, me despedí de él encantado de su sencillez y bondad y prometiendo visitarle de nuevo, y acompañado de Cosme, siempre temeroso, volví al pueblo en que habitaba. Por el camino me aseguró el mencionado Cosme que proyectaban los *verdes* sorprender á los *blancos* en unas fiestas que iban á celebrar estos á su patron, entrando aquellos en el pueblo escondidos ó disfrazados en un carronato de triunfo.

Yo pensé entonces en las atrocidades que allí se cometerían so pretexto de principios políticos, como había dicho muy bien el padre cura, y que tal vez Troja, un pueblo rico y feliz años antes, quedaria destruido y aniquilado solamente por una boda disparatada, por la desenvoltura de una muchacha y por la audacia de un mozo. En una palabra, por el robo de Elena.

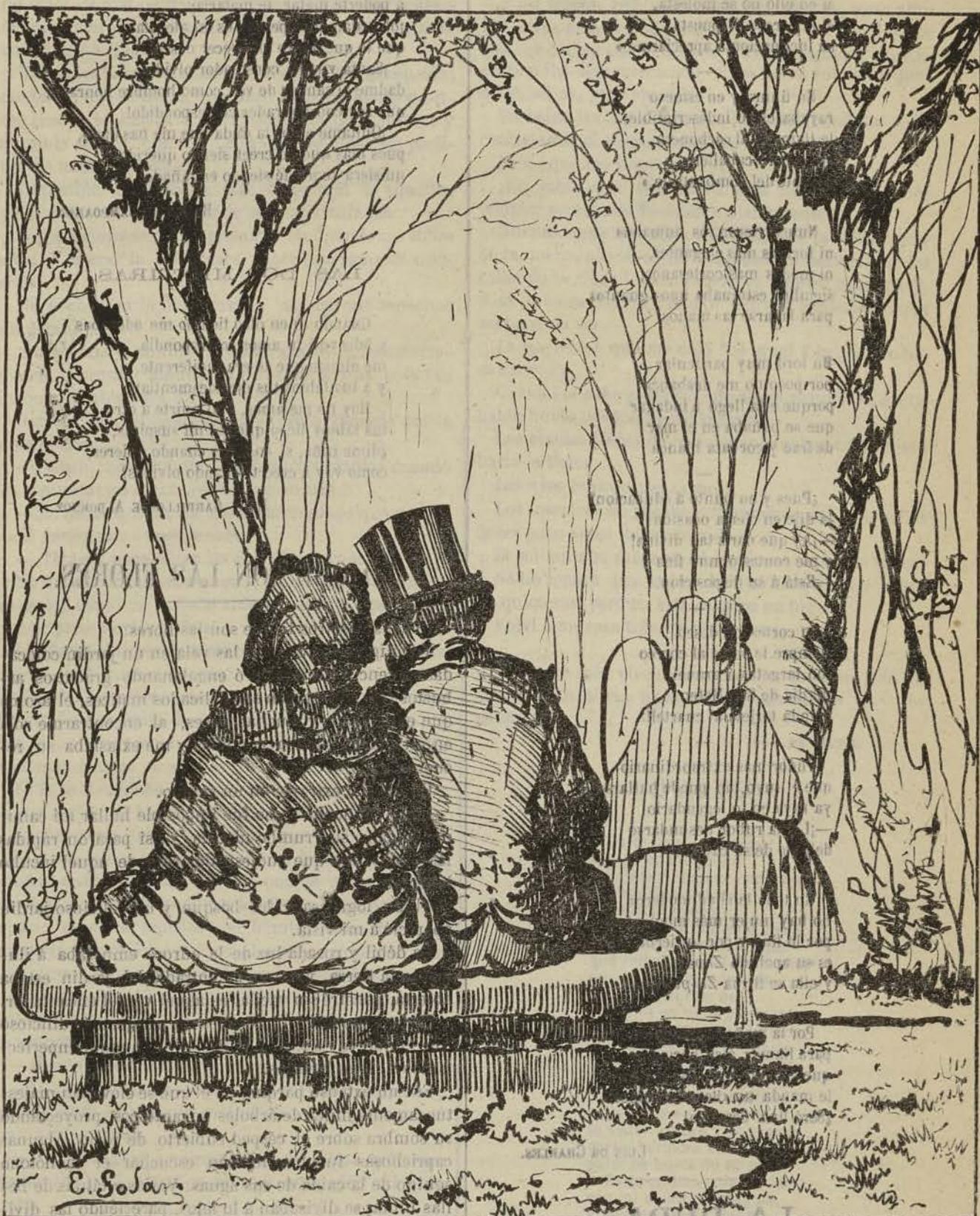
LUIS ALFONSO.

¡SERAFINA!

Hará poco más de un mes
que sentí cierto interés
por una mujer divina;
se llamaba *Serafina*,
y no será, que ya es.

Entre masculinos séres
y entre todas las mujeres
con quienes tienen amores
es muy frecuente un ¿me quieres?
Pues en ella no señores.

Con su fría urbanidad
empezaba por decirme:
—Dispense la libertad
que me tomo al permitirle
pedir tenga la bondad...
primero de perdonarme



E. Solars

La soledad del Retiro,
la niña vuelta de espaldas,
el susurro de los árboles...
¿A qué hora se irán a casa?

y despues de contestarme,
si en ello no se molesta,
si le parece dispuesta
su inclinacion á apreciarme.»

En finura y en esmero
rayaba en lo indescriptible;
le llamaba al carbonero
«el oscuro caballero
gerente del combustible.»

Nunca vieron los humanos
ni formas más elegantes,
ni modos más cortesanos;
siembre estrenaba unos guantes
para lavarse las manos.

Un lord muy particular
por poco no me desbanca
porque ella llegó á indagar
que se bañaba en el mar
de frac y corbata blanca.

¿Pues y en punto á educacion?
la dije en cierta ocasion:
—¡Ay que nariz tan divina!
y me contestó muy fina
—Está á su disposicion.

Su cortesano deseo
siempre le surte al correo
con targetas á granel.
¡El dia de San Mateo
manda tarjeta al cuartel!!

Pudor más extraordinario
que el suyo, no puede hallarse
ya raya en lo legendario.
—¡La da rubor desnudarse
delante de su canario!

En toda la edad moderna
no hay mujer más mogigata
por lo fina y por lo tierna
es su apellido *Zapata*
y ella se firma *Za-pierna*.

Por la mañana temprano
para llamar á su hermano
que está en la alcoba vecina
le manda un «Besa La Mano»
¡Será fina Serafina!

LUIS DE CHARLES.

LA DUDA.

Tanto quiero creer, que no te creo
dicha y tormento de la vida mia:
veo tu amor tan claro como el dia,
mas lo anubla una cosa que no veo.

Quando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría;
¡oh, cuán desesperada es mi alegría
que lo que adoro aborrecer deseo!
¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!
¡Quítame amor la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido
quisiera tener fé siendo engañado!

RAMON DE CAMPOAMOR.

LAS DOS MENTIRAS.

Quando tú en otro tiempo me adorabas
y feliz yo á tu amor correspondia,
me digiste que te era indiferente,
y á tus lábios tus ojos desmentian.

Hoy no me amas, y al unirte á otro
tus lábios dicen que por mí suspiras,
¿dime niña, si engañas cuando quieres,
como voy á creerte cuando olvidas?

LEON CARRILLO DE ALBORNOZ.

LO QUE SON LAS FLORES.

¿Sabeis vosotros lo que son las flores?

Yo lo ignoraba cuando las veia en un jardin colocas
en sencillas macetas ó engalanando graciosos ar-
bustos. Me encantaban sus delicados matices, el aroma
que exhalaban, y muchas veces, al encontrarme sola
en mi cuarto, soñaba con ellas y me extasiaba su re-
cuerdo.

Un dia me extravié en un campo.

Llegó la noche y me fué imposible hallar mi cami-
no. Vagaba sin rumbo ni guia, y así pasaron rápidas
las horas sin que pudiese alejarme de aquel inculto
laberinto

Al fin logré salir del bosque y un delicioso jardin
apareció á mi vista.

La débil y rosada luz de la aurora empezaba á ilu-
minar la tierra, y como la entrada del jardin estaba
abierta, penetré sin vacilar en aquel vergel encantador.

No he visto antes ni despues un paraje más dilicioso
que el que voy á tratar de describir, aunque imperfec-
tamente, á los lectores.

Era un extenso parque, en el que se elevaban majes-
tuosamente miles de árboles gigantescos, proyectando
su sombra sobre el césped cubierto de rocío. Algunas
caprichosas fuentes dejaban escuchar el monótono
sonido de la caída de sus aguas. Varias estátuas de be-
llas ninfas se divisaban á lo lejos, pareciendo las divi-
nidades protectoras de aquel lugar.

Los pájaros empezaban á entonar sus cantos melo-
dicos. Unos daban un triste adios á la noche, otros
saludaban con júbilo el dia.

Los insectos revoloteaban al rededor de las plantas y
brillaban en el espacio como astros luminosos.

Las flores... ¡no he visto flores más encantadoras en mi vida! La rosa, la magnolia y la azucena perfumaban el ambiente; la camelia, el pensamiento y la margarita embellecían el jardín.

Todas las flores estaban allí reunidas sin excepción; desde la victoria régia, que crece á orillas de los grandes rios de la América meridional, hasta la poética y humilde violeta, que se cultiva en casi todos los jardines de nuestra España.

Imposible me hubiera sido decir cuál de aquellas plantas era más bella ó atraía más mis miradas.

—¡Qué hermosas son! exclamé, inclinándome sobre ellas. Y estendí la mano para coger una rama de miotis.

Iba á tronchar la flor, cuando me pareció escuchar un gemido.

Asombrada y confundida me aparté involuntariamente buscando alguna explicación á una cosa tan incomprensible para mí.

Parecía que el gemido había sido lanzado por la misma flor.

—¿Acaso, me pregunté, sufrirán las plantas cuando las maltratamos arrancándolas de su tallo?

—Sí, me respondió un acento armonioso que no parecía pertenecer á este mundo.

—¿Tienen, pues, alma las flores? proseguí.

No obtuve ninguna respuesta, ó si la obtuve nada oí, abstraída como me hallaba ante el extraño espectáculo que se presentó á mi vista.

Las flores abrieron sus cálices, y de cada uno de ellos salió... ¿podré acaso decirlo?

¿Se sabe describir cómo es el aire, ó cómo es un rayo de sol? Lo que salió de las flores no era una hada, ni una luz, ni un insecto, sino una esencia más pura, más ideal que cuantas pueda imaginar el hombre.

Yo la contemplaba absorta, embebecida y sin poder darme cuenta de lo que pasaba en mi derredor.

Muchas veces había oído decir que las flores tienen alma, pero jamás lo había creído; y aún cuando no lo hubiera dudado, nunca hubise podido sospechar que ese alma pudiera abandonar la planta y vagar por el espacio como el espíritu del hombre hace sin duda mientras el cuerpo se entrega al reposo. ¿A dónde iban esas almas? ¿Qué querían? ¿Qué es lo que buscaban?

Se hallaban allí seguramente buenas y malas, queridas y odiosas para mí. Sentía la benéfica influencia de las unas, el fatal contagio de las otras.

—¿Quiénes sois? les pregunté fascinada.

—Yo me dijo una azucena, soy un alma cándida y sencilla, más blanca que mis pétalos, más pura que el aroma que exhalo.

—Yo, prosiguió una rosa, soy un alma ardiente, apasionada; mi amor es vivo y animado; mi vida breve.

—Yo, añadió un pensamiento, soy un alma reflexiva que goza con sus recuerdos.

—Yo, continuó una violeta, soy un alma modesta; amo la oscuridad y el silencio, me albergo bajo las hojas para buscar en su escudo amparo y protección.

—Yo, murmuró una margarita, tengo un alma virgen,

un corazón de oro, sencillo y puro como el de un niño.

Y así fueron hablando todas las plantas, unas altivas, otras amantes, algunas indiferentes. Y á medida que me decían sus nombres y sus atractivos, aquella esencia iba desapareciendo, y las flores volvían á quedarse bellas, pero sin vida.

En balde las llamé, en vano las hablé; ninguna pudo contestarme ni comprenderme.

Pero ¿qué me importaba ya?

¿No sabía que velando á esas horas podía contemplar semejante fenómeno diariamente?

Muchas veces me había encontrado á las altas horas de la noche, al volver de reuniones ó teatros, en las calles de la ciudad; pero sabido es que en ninguna de ellas hubiera podido hallar el extraño espectáculo que acababa de ver.

La impresión que me dejó fué igual á la que produce un sueño.

Cuando al cabo pude salir de aquel parque, la noche había huido llevándose mi encanto.

Las plantas llenas de rocío se inclinaban tristemente hácia la tierra.

Las aves cruzaban el espacio.

Los insectos se posaban libremente sobre aquellas flores poco antes llenas de vida.

El sol lanzaba sobre aquel lugar sus primeros rayos.

Nadie ignora que la luz del sol hace olvidar todas las quimeras, pero en esta ocasión no fué así.

Volví á mi casa triste y pensativa...

Las flores solo viven de noche; los mortales solo de día, ¿Serán acaso unas mismas almas las que nos animen?

JULIA DE ASEÑI.

¡PARTE!

Parte, parte del lugar
testigo de mi querer
si de nuevo has de encontrar,
separándonos el mar,
alivio á tu padecer.

Parte, pues tan solo ansio
cuando estés lejos de aquí,
que nunca olvides, bien mío,
que ni el piélago bravo
puede apartarme de ti.

Vivirá en mi pensamiento
tu pasión, que era mi gloria,
pues no basta ese elemento
para arrancar un momento
tu nombre de mi memoria.

Parte á esa tierra galana,
cuyas nubes de arbol
se visten de oro y de grana;
parte, hermosa americana,
parte en busca de tu sol.

Parte en busca de tus lares
con mi memoria querida,
y recuerda mis cantares
en esa perla dormida
sobre el cristal de los mares.

Parte, parte del lugar
testigo de mi querer,
si de nuevo has de encontrar,
separándonos el mar,
alivio á tu padecer.

TOMÁS DE ASEÑI.

Á DON ANGEL DE SAAVEDRA.

DUQUE DE RIVAS.

En mi edad infantil oí tu nombre
como asociado al de mi ilustre casa
y solo ví al pariente, solo al hombre
que mas allá mi mente no traspasa.
Pero crecí, y los libros que leyerá
en mis primeros juveniles años,
en esa edad alegre y placentera
que cual tu dices no conoce engaños,
mi mente impresionaron en seguida
Azagra, el *Indio*, el soñador *Lisardo*
y tu pluma inmortal me dió la vida
y la ilusión que cuidadoso guardo.
Más no contento aun, abrí tu historia
y un repúblico ví, y un literato,
un guerrero, un artista... y tu memoria
es siempre para mi recuerdo grato.
Y no cual deudo que á su deudo ama
sino como español, con alegría
siempre mi humilde lábio te proclama
eterna gloria de la patria mia.

JOSÉ P. DE LIÑÁN.

EPÍGRAMAS.

Cierto pedante tenía
de hacer versos la manía;
y el pobre, en su consecuencia,
cada vez que se moría
algun pariente, *Elegía*;
pero elegía la herencia.

—Mañana, me dijo Gil,
presento una obra completa.
—¿Acaso es usted poeta?
—No señor, soy albañil.

Una embustera beldad,
decía: si miento así
el amor y la amistad,
yo no falto á la verdad;
la verdad me falta á mí.

JUAN TOMÁS SALVANY.

VARIEDADES.

Hemos recibido el tomo de poesías que con el título de *El libro de los recuerdos*, acaba de publicar el joven poeta D. Carlos Vieyra de Abreu, precedido de una carta-prólogo del Sr. Nuñez de Arce.

Reciba por ahora nuestra más cordial enhorabuena, el distinguido poeta al que prometemos ocuparnos en el próximo número extensamente de su interesante obra.

—¿Por qué no vamos á tomar ya leche de vacas al Retiro?

—Porque como pasó la *primavera* basta de hacer el *primero*.

Nuestra opinión tanto pesa,
que si saben lo que pasa
vendrá todo el mundo en masa
á suscribirse á LA MESA.

—¿Escribe usted en las columnas de LA MESA?

—No señor, en la mesa de *Las Columnas*.

En la Plaza de las Descalzas se está construyendo un Monte de Piedad por *empeño* de muchas personas.

—¿Por *empeño*, ó para *empeño*? que no he oído bien.

El verano se aproxima.

No sé si habrán ustedes notado que hace calor. Llega el tiempo de los escotes y los baños del Manzanares.

Algunas familias han salido ya para... Pozuelo, y uegó nos dirán que vienen de San Juan de Luz.

Dos *Lolas*, lindas chichuelas,
me han negado sus favores;
yo solo encuentro *Dolores*
cuando me duelen las muelas.

El bueno de don Macario
dice que se va á rezar
lejos siempre del altar,
solito con su *Rosario*.

A un abogado le preguntaba un amigo suyo:

—¿Qué te gusta más de España?

—Las *costas*, contestó sonriendo.

Há ti empo que trataba yo de explicarme por qué los serenos llevan un chuzo en la extremidad de un palo. Anoche al retirarme á mi casa encontré la solución de este enigma al escuchar á un caballero que decía:

—Serenos, haga usted el favor de *abrirme*.

CHARADA.

El amor *prima* interés
que ayer por *primera* y *tres*
mi ardiente pecho sentía,
llegó á rendirse despues
ante el amor de Maria.

Mas la olvidé de igual modo,
y hoy á otro amor me acomodo
que de pena mi alma inunda
al decirlo solo *todo*
sin anteponer *segunda*.

MORÁN

SOLUCION AL LOGOGRIFO DEL NUMERO ANTERIOR.

Sirio—Sor—Jo (nombre de una sacerdotisa y de una montaña)—Idis—Dios—Si—Do—Siro—Idri—Iro—Dos—Rio—Iris—Doris—el todo Isidro.

En el mejor sitio de Carabanchel Bajo, calle de Madrid, número 9, al lado de la fonda, se saca á pública y extrajudicial subasta, una bonita posesion libre de cargas y titulación en regla, bajo el precio y condiciones del pliego que está de manifiesto en la notaría de D. Zacarías Alonso y Caballero, calle de la Magdalena, núm. 1, segundo derecha, todos los dias de nueve á tres.

El remate tendrá lugar el dia 31 del corriente mes á las doce de su mañana. Madrid 12 de Mayo de 1875.—Z. Alonso.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.